

Don Ramón Menéndez Pidal y Asturias

En el brillante horizonte intelectual español de la gloriosa etapa que cubre los primeros decenios de la presente centuria, brutalmente desgarrada por la Guerra Civil, destacan con luz propia dos sabios, dos figuras geniales cuya obra gigantesca está en la base de la profunda renovación que en el estudio de las ciencias sociales marcaría precisamente el magisterio de esos hombres, con los que tienen contraída una impagable deuda de gratitud cuantos, después y hasta ahora, han transitado por los caminos trillados hace tiempo por ellos.

Adscritos cronológicamente a la que, con argumentos más o menos atendibles, se ha calificado de generación del 98 -Pío Baroja rehusaría siempre, por ficticia, tal integración generacional- sus vidas y su trayectoria académica y científica guardan estrechos paralelismos. Sólo unos meses separarían su muerte después, en ambos casos, de una larguísima y fecunda biografía.

Uno de esos grandes maestros fue don Manuel Gómez-Moreno, arqueólogo, historiador, lingüista, "el hombre de intuición más genial que he conocido", diría de él su discípulo don Juan Uría Ríu. Granadino de origen, español en su obra, de una variedad, originalidad y rigor insuperables y quizá injustamente preterido -¿cuántos de nuestros estudiantes de hoy conocen en profundidad esa obra, fundamental, de don Manuel?- por la propia discreción de su paso por la vida y la rara suerte de

estudios que cultivó en un país hasta hace bien poco tiempo nada proclive a valorar ese tipo de disciplinas.

Muy poco antes, el 13 de marzo de 1869, nacía en La Coruña, residencia familiar accidental, don Ramón Menéndez Pidal, de ascendencia asturiana profundamente enraizada en las altas y hermosas tierras de Lena, concejo al que siempre se sentiría sentimentalmente vinculado como lugar de origen: "la tierra de mis padres, de mis abuelos -dirá él mismo con ocasión de una visita a la Pola-, la tierra que guarda en sus valles y en sus montañas los siempre gratos e imborrables recuerdos de mi infancia y juventud". Asturias fue su patria porque, dicen y creo que con razón, que la patria de cada uno es su infancia.

Ese amor a la patria asturiana le acompañaría hasta el momento de su muerte apacible en un día otoñal de 1968, hace ahora 25 años y poco tiempo antes de que, ya centenario, en 1970, falleciese don Manuel Gómez-Moreno.

Como en el caso de éste, no es fácil trazar los perfiles exactos de la adscripción de la vastísima producción de Menéndez Pidal. La esfera de intereses de estos hombres geniales, verdaderos renovadores de amplias parcelas de conocimiento en el campo de las Humanidades, estaba abierta a indagaciones de la más diversa naturaleza con un común punto de convergencia: la historia, en su sentido más generoso. Todavía, felizmente, no había irrumpido en el territorio de los estudios históricos, mejor diríamos humanísticos, la mordaza esterilizante, y acaso ya inevitable, de la especialización: ese "saber más de cada vez menos para llegar a saberlo casi todo de casi nada". Don Ramón fue, ante todo, un filólogo y un historiador. A partir de esta calificación de principio, podrán y deberán añadirse todos los matices que se quieran para una más justa caracterización de su densa, variada y fundamental obra, en la que se hacen compatibles la dedicación a investigaciones científicas de amplio aliento y el cultivo de un brillante y sólido ensayismo y de una irrenunciable labor de divulgación.

Resta añadir que don Ramón no fue un sabio distante, ensimismado en sus quehaceres eruditos. Fue un maestro: supo investigar y enseñar; creó escuela desde su cátedra de la Universidad Central, desde las Academias de la Lengua y de la Historia; desde su Centro de Estudios Históricos, que contribuyó decisivamente a crear y mantener como organismo vivo y operativo en la antigua Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, precedente y modelo de lo que, después de la Guerra Civil, sería el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, beneficiario de la labor ingente de aquel Centro en el campo de la Filología y de la Historia.

Por maestro tienen a don Ramón los filólogos e historiadores, singularmente medievalistas, más destacados de nuestro siglo. Bastaría recordar, a título de ejemplo, los nombres de Dámaso Alonso, Rafael Lapesa (que dedica su *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, 1948, "al venerado maestro D. Ramón Menéndez Pidal"), Claudio Sánchez Albornoz (a quien "conminó y sedujo" -son palabras de don Claudio- para emprender en 1921 "la aventura de investigar los lejanos tiempos del pasado español en las montañas norteñas"), Luis García de Valdeavellano... La nómina sería interminable y nunca cerrada porque por maestro lo continuamos teniendo quienes sin haber podido gozar ya, por obvias razones generacionales, del privilegio de su conocimiento personal, continuamos encontrando en la siempre viva y sugeridora lección de sus obras un referente inexcusable y estimulante de nuestra propia labor, por modesta que ésta sea.

Pero no es este lugar ni tiempo para hacer el recorrido por la ingente obra del maestro, ni siquiera por la que toca el territorio específico de la Edad Media hispánica y cuya simple enumeración y breve exégesis desbordaría ampliamente los límites de estas notas. Pretendo en ellas, tratando de responder, no sé con qué acierto, a lo que se me pide, hacer una breve evocación de la asturianidad de nuestro don Ramón, trascendida, en mayor o menor medida, en su obra y, sobre todo, y éste es

acaso el aspecto que más me interesa destacar, en su permanente devoción por su tierra asturiana, expresada desde una irrenunciabile españolidad, muy distante, como es el caso del genial granadino Gómez-Moreno, de las estrechas, empobrecedoras y excluyentes concepciones, hoy a la alza, que ignorando la realidad de la propia historia plural y conjunta de España, empequeñecen los escenarios y el protagonismo de los pueblos que forjaron esa patria común.

* * *

Desde su infancia, con permanencias largas en la villa de Pajares donde escucharía de labios de una anciana, según propia confesión, “un cuento de multiseccular tradicionalidad” que luego sería tema de su primer estudio de dialectología, y en Oviedo, en la Vetusta clariniana, lugar en el que cursaría los estudios de bachillerato continuados en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de la vieja Universidad Central de Madrid, Asturias, sus paisajes, sus hombres, su historia y su universo cultural tradicional, se harán siempre presentes en la larga vida y obra del maestro, tanto más presentes cuanto mayor era la añoranza de los periódicos retornos a la tierra de sus mayores desde la distancia impuesta por unas absorbentes dedicaciones académicas y científicas.

Al habla lenense dedicaría Menéndez Pidal una de sus primeras aportaciones al estudio, desde renovados planteamientos, de nuestra lengua: sus *Notas sobre el bable hablado en el concejo de Lena*, artículo incluido en el tomo II de la obra *Asturias* dirigida por O. Bellmunt y F. Canella y publicado en 1897; en ese mismo volumen vería también la luz una preciosa monografía sobre dicho concejo de su hermano Juan Menéndez Pidal. No mucho tiempo después ampliará ese anticipo de su interés por el estudio de la lengua de la tierra propia en otro trabajo ya clásico (*El dialecto leonés*, 1906), que, junto con aquél, sería oportunamente reeditado por el I.D.E.A. en 1962.

La irresistible atracción que ejerce Asturias como depositaria de una riquísima y antigua cultura tradicional, en sintonía

con las preocupaciones filológicas y etnohistóricas de don Ramón, muy pronto volcadas hacia la formación del Romanceo hispánico, y reforzada, además, por el cariño filial que siempre mantuvo hacia la tierra de sus mayores, son claves explicativas suficientes de sus añoranzas y sus visitas a nuestra región y del aliento decidido que prestaría a los afanes de quienes, desde aquí y en el marco de un renacimiento de los estudios asturianistas que, enlazando el precedente finisecular de La Quintana, laboraban por el mejor conocimiento y difusión de esa cultura tradicional asturiana.

“Yo aprendí desde la niñez los romances en una tierra empapada de ellos, en la arcaizante Asturias. Su canto alegraba las siempre alegres excursiones muchachiles por el Puerto de Pajares -recuerda con emoción en su *Flor nueva de romances viejos*- ...para estudiar la esencia y la vida de la poesía tradicional... los he buscado con avidez en la tradición viva y los he oído cantar en multitud de pueblos, desde las brañas de los vaqueros asturianos hasta las cuevas del Monte Sacro”.

En esas primeras excursiones de niñez y juventud no dejaría de acompañarle su hermano Juan, temprano autor de una *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones recogidos directamente de boca del pueblo*, que ve la luz en 1885, cuando don Ramón era apenas un adolescente.

Serán estas manifestaciones de una cultura espiritual que, todavía viva cuando Menéndez Pidal inicia su largo y fecundo peregrinaje científico, comenzaba ya a declinar irremisiblemente, las que tratará de recoger para hacer lo que era aún posible hacer entonces: estudiarlas con rigor, porque allí estaban unas de las más importantes claves interpretativas de la biografía colectiva del pueblo, de esa historia no escrita que se llama tradición, mucho más frágil que la historia documentada o que la cultura material por su mayor indefensión ante la oleada depredadora de un malentendido progreso que con frecuencia no es más que ramplonería uniformadora o moda pasajera.

* * *

La lírica popular, uno de los polos de atención preferente en la labor investigadora de don Ramón, es siempre bivalente: poética y musical. Cuando el pueblo hace música, la hace sobre una poesía, y cuando hace poesía está a dos pasos de la música. “Para el estudio científico del romancero oral, escribe Francisco de Cossío en el prólogo a su colección de Romances de tradición oral, la música es tan importante como el verso... En los romances, la música está indestructiblemente unida al verso, y una y otra arte, musical y literaria, se compensan y ayudan”.

Menéndez Pidal encontraría en su paisano y pronto gran musicólogo Eduardo Martínez Torner el colaborador ideal que reclamaba las necesidades del estudio de la lírica popular en su doble aspecto, literario y musical.

Cuando en 1916 Torner se incorpora al Centro de Estudios Históricos, hacía tiempo que don Ramón trabajaba en la recopilación y estudio del romancero popular español. La colaboración de ambos iba a hacer posible que se iniciase el estudio integral de nuestro romancero, tanto en su aspecto poético como en el musical.

Entre 1920 y 1936 son varios los estudios de Torner que dejan constancia de su dedicación a la empresa de reconstrucción poético-musical del romancero y que responden a las directrices y estímulos de don Ramón. En 1924 en el *Bulletin of Spanish Studies* publica el musicólogo ovetense su trabajo “Del folklore español: persistencia de algunos temas poéticos y musicales”. En 1925 contribuye al homenaje que la intelectualidad española y extranjera ofrece al maestro Menéndez Pidal, publicando un *Ensayo de las melodías de romance* que el sabio filólogo no dudó en calificar de “esmerado y docto trabajo”, tomando de él muchos de los ejemplos melódicos incluidos en su *Romancero hispánico*. También se deben a Torner las ilustraciones musicales que se encuentran en la segunda edición de la *Flor nueva de romances viejos* publicada por Menéndez Pidal en 1933.

En compañía de Torner, don Ramón realiza una memorable excursión, en el verano de 1930, a Mieres. El primer domingo de agosto, maestro y discípulo asisten en una plaza de la villa minera a una inolvidable fiesta asturiana organizada por el orfeón mierense en su honor. El propio don Ramón, en un artículo publicado en el número de "La Esfera" del 13 de septiembre de aquel año, nos ha dejado un sentido testimonio de aquella jornada. Los jóvenes mierenses, como antaño lo hicieran sus abuelos, ejecutan para los ilustres visitantes la tradicional "danza prima", "asombrosa reliquia que nos queda de remotos tiempos -escribe-; por fortuna no han podido chamarilear con ella los aristócratas coleccionistas, liquidadores de nuestro pasado. Asombrosa reliquia porque es ejemplar único". Al tiempo que los danzantes giran. "en esta atmósfera de Mieres, agrisada por el humo carboniento de cien máquinas creadoras" -continúa Menéndez Pidal- entonan "la canción más arcaica que puede resonar hoy en España: "el romance del galán de esta villa, el verdadero canto nacional asturiano".

Mientras don Ramón y Torner escuchan con recogida emoción la triste e indescifrable historia de la malmaridada del cantar, "el gran círculo de los cien cantores se dilata y se contrae, como el corazón de aquellos valles, enviando en sus latidos el vital espíritu de asturianidad hasta las más lejanas cumbres de los montes, hasta el Pajares, hasta el Naranco".

* * *

Por la misma época en que Eduardo Martínez Torner trabajaba, bajo la dirección de Menéndez Pidal, en la investigación de nuestro cancionero, otro gran folklorista, Aurelio de Llano, se afanaba en recopilar materiales del riquísimo acervo de la cultural tradicional asturiana. Tampoco le iban a faltar a Llano el aliento y las sabias orientaciones de don Ramón en el desarrollo de su meritoria tarea. "Cuando publiqué *El libro de Caravia* -confiesa él mismo- recibí una carta de don Ramón Menéndez Pidal, tan bondadosa como suya, animándome a continuar en mis trabajos. Esta carta me estimuló de tal manera

que me decidí a recorrer toda Asturias para recoger cosas del saber popular, invirtiendo tres años en la tarea”.

Frutos de ese paciente trabajo serían, entre otros, dos obras fundamentalmente del campo de la etnografía asturiana por la riqueza de los materiales que atesoran y la fidelidad de su compilador a los informantes: *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones, costumbres*, publicada en 1922 y precedida de un extenso y enjundioso prólogo de Menéndez Pidal, y la preciosa colección de *Cuentos asturianos* recogidos de la tradición oral, que vería la luz en 1925 bajo el amparo editorial del Centro de Estudios Históricos y que su autor dedica sentidamente “a mi ilustre maestro don Ramón Menéndez Pidal”, a quien facilitaría abundante material para su *Romancero hispánico*.

Con Aurelio de Llano y en compañía de familiares y amigos, el sabio lenense, atento siempre a la observación y estudio de las más genuinas expresiones de la cultura tradicional de su tierra asturiana, llega en el verano de 1930 hasta Llanes, donde el historiador local Fernando Carrera había dispuesto, en honor del ilustre visitante y en el bello lugar pancarino de La Llavandera, la ejecución de un *pericote* que haría las delicias del maestro: “se bailó a la antigua usanza, con pandereta y tambor y cantando -recuerda Carrera-. Nada de gaita que es un modernismo que desvirtúa el baile”.

* * *

Al margen de sus propias y fundamentales aportaciones al estudio de la lengua asturiana, bien en trabajos específicos, como los dos que citábamos anteriormente, o en obras de ámbito temático más amplio, por ejemplo en sus *Orígenes del español*, y lo mismo que hiciera con los investigadores de las tradiciones asturianas, don Ramón estimula y orienta las investigaciones lingüísticas que se desarrollan en su Asturias de origen y que-
rencia. Patrocina y prologa estudios como el de Bernardo Acevedo y Marcelino Fernández *Vocabulario del bable de Occidente*, publicado también bajo los auspicios del Centro de Estudios Históricos en 1932; Rafael Lapesa le dedica, como ya

vimos, su fundamental obra sobre el *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*; y el libro de Lorenzo Rodríguez-Castellanos *La variedad dialectal del Alto Aller*, verá la luz en 1952 precedido de una interesante nota introductoria del maestro.

Filólogo e historiador, la historia de Asturias debe también a don Ramón no pocas aportaciones que cubren un dilatado arco de su trayectoria investigadora y que se asocian estrechamente a cuestiones lingüísticas y etnológicas, indisociables de la consideración de los propios fenómenos históricos. Baste recordar, sólo a título de ejemplo, su precioso artículo sobre *El Cid en Oviedo*, publicado en el periódico local *El Carbayón*, el 26 de septiembre de 1926; las importantes referencias que para el conocimiento del horizonte histórico asturiano en los siglos XI y XII se contienen en su monumental obra *La España del Cid*; o la magistral aportación al Congreso celebrado con motivo del XI Centenario de Alfonso II el Casto (Oviedo, 1942), sobre la historiografía de este gran monarca.

Y ya a la etapa final de su larga y fecunda actividad investigadora se adscriben dos trabajos también de relevante interés para la etnohistoria de Asturias: el titulado *Pasiegos y vaqueiros. Dos cuestiones de geografía lingüística*, que aparece en la revista *Archivum* del año 1954; y su *Repoblación y tradición en la cuenca del Duero*, integrado en el tomo I (1959) de la Enciclopedia Lingüística Hispánica. En este estudio revisa, con referencia a las Asturias nucleares y al área territorial de expansión meridional del reino astur, el concepto tradicional de repoblación, proponiéndolo no sólo como respuesta a la necesidad de aportar contingentes humanos a tierras despobladas sino como medida de reorganización y concentración de estructuras de poblamiento disperso o desarticulado, caso que se daría ciertamente en las repoblaciones que se desarrollan en Asturias en el siglo XVIII y que darán origen a la aparición de la mayor parte de sus actuales villazgos.

* * *

Un día otoñal de 1968, un grupo de antiguos discípulos, profesores de nuestra Universidad y admiradores devotos de

don Ramón Menéndez Pidal llegamos hasta las altas tierras payariegas para rendir un postrer homenaje al maestro recientemente fallecido. Siento no recordar los nombres de todos los que, entonces, formábamos en aquella expedición y de los que, tristemente, no están ya entre nosotros: don Juan Uría, Manolo Cueto, Paulino Sandonís...

Hoy, veinticinco años después, me complace, con una complacencia no exenta de nostalgia, recordar y renovar aquel homenaje con este rápido recordatorio de la entrañable vinculación de don Ramón a esa tierra suya asturiana a la que tanto amó.

J. IGNACIO RUIZ DE LA PEÑA

Universidad de Oviedo